*Carta al hijo que no he tenido**

Juan Carlos Yáñez Velazco

Hijo mío:

Espero que las líneas que vas a leer a continuación no te aburran; tengo la esperanza de que en la siguiente de tu existencia haya quedado grabada la voluntad de entregarte a las causas que consideres justas, a aquéllas que busquen la paz, que sean respetuosas y tolerantes con los otros, a pesar de su color, de su raza, de su religión o creencias políticas o sexuales. Apenas te conozco, tu vida está empezando, pero en este lapso breve que hemos compartido, yo con más conciencia de tu existencia —por lo menos eso creo— que tú de la mía, advierto, y eso puede ser un defecto, que tienes mucho de mí; ojalá que lo más importante que pueda heredarte es mi convicción de que aquí, en el mundo, hay más cosas qué cambiar que situaciones qué aceptar porque sí.

Nunca he estado seguro de no haber fallado en esa convicción; en todo caso, sé que pude tener flaquezas pero no concesiones. Nunca he olvidado la lección que una tarde ya no tan juvenil aprendí de Fernando Savater, que en un libro que escribió a su hijo (*Ética para Amador*) le dijo, palabras más palabras menos, que los animales, como los castores, las abejas o las hormigas, siempre van a actuar de la misma manera, porque su código natural les impele a hacer lo mismo, pero que los seres humanos somos diferentes a ellos, porque tenemos voluntad, la llave que nos permite actuar a favor o en contra de algo o alguien, porque no venimos preparados biológicamente para comportarnos de una u otra manera, es decir, y esto apréndelo toda la vida, que nosotros, a diferencia de los animales o las plantas, somos responsables de los actos que cometemos, y que si bien no todas las circunstancias que rodearán nuestras vidas dependerán de cada uno, somos absolutamente responsables de la actitud que asumamos ante esas condiciones.

Aquí debo hacer un paréntesis: me he equivocado, sí, es verdad, te he dicho: "Apréndelo toda la vida"; No es correcto, debí decir: "Escúchalo, razónalo y si vale la pena lo que digo, apréndelo auténticamente, es decir, incorpóralo". Me gusta la palabra "incorporar"; sabes por qué: porque quiere decir que aquello que creemos bueno o correcto debemos introducirlo dentro de nosotros, hacerlo parte de nuestro cuerpo. El mismo Fernando Savater ha dicho y creo que con razón, que todo lo que es, puede ser de otra manera. Frase tan simple que al mismo tiempo podría ser la piedra filosofal que durante mucho tiempo buscó el ser humano en un periodo de la historia de la humanidad. Frase tan sencilla difícilmente podría expresar mejor tanta verdad; nada es inmutable, nada es para siempre, y todo puede ser modificado... si queremos; claro, para eso hay que entregarse toda una vida, y tal vez haya ideales por los que uno pueda morir y nunca verlos realizados, pero por lo menos habremos intentado realizar aquello por lo que creímos, y ya por ello, nuestra vida habrá valido la pena.

Hace muchos años un dramaturgo, Bertolt Bretch se llamaba, dijo algo que quiero transmitirte; lee con atención: "Hay hombres —por supuesto, también mujeres— que luchan un día y son buenos; hay hombres que luchan un año y son mejores; hay quienes luchan muchos años y

son muy buenos; pero hay quienes luchan toda la vida, esos son los imprescindibles". Esa misma actitud me anima a escribirte esta carta; quiero que hagas de tu vida una fiesta del cuerpo y la alegría, porque finalmente la existencia es eso, es la búsqueda de la felicidad y para eso hay que educarse; recuerda que hace muchos siglos, un filósofo griego nos enseñó que la educación es dotar a los cuerpos y a las almas de toda la belleza y la perfección que son capaces de alcanzar. Me gustaría mucho que cuando alguien evaluara tu vida, cuando seguramente ya no estuviera junto a ti y sólo fuera una sombra que cruzara en tus sueños ocasionalmente, ese alguien te calificara y dijera que tu vida valió la pena porque la entregaste por algo en lo que creíste y nunca escatimaste un esfuerzo, un minuto o un gramo de solidaridad y pasión. No sé si haya cielo para los que no creemos en él, pero desde donde esté, si es que puedo verlo, me sentiré orgulloso de ti.

Cuando digo que debes educarte me refiero por supuesto a la escuela, pero no sólo a ella; lamentablemente hemos hecho de las escuelas campos de concentración, y no sobran los críticos, me incluyo entre ellos, que creen que podrían funcionar mejor; es muy fácil decirlo, pero cambiarla ha sido un reto que tiene por lo menos seis siglos. En la escuela debes aprender lo necesario para seguir aprendiendo fuera de ella; es verdad, ya lo dije, no funcionan correctamente como debieran, como necesitamos que funcionen, pero así pasa con otras muchas cosas en el mundo, y no por ello vamos a escondernos y ocultarnos; al contrario, tenemos que prepararnos para no ser infectados por los graves defectos que las carcomen, a la escuela y a las otras instituciones sociales.

Algunas líneas arriba mencioné una palabra que seguramente aún resonará en tu cabeza; me refiero a la palabra felicidad; concepto tan complicado y que tanto tiempo el ser humano reflexionó y sigue reflexionando. ¡Ah, la felicidad! Yo creo —como muchos— que la felicidad no es un puerto seguro a donde uno llega y para siempre; la felicidad es tan etérea como el futuro, o como el presente; el futuro no existe y el presente es tan efímero, que apenas nos queda tiempo para sentirlo. La felicidad es así; pasa tan rápido que la valoramos cuando no la tenemos; la felicidad es búsqueda, es caminar hacia el estado incesante, que no tiene veredas fijas, aunque sí principios claros; no se puede ser completamente feliz si para ello tienes que pasar por encima de tus semejantes, a costa de los demás; la felicidad es un estado colectivo, y quizá por eso es una utopía, y la utopía es inalcanzable; me lo decía una maestra hace muchos años en la Facultad de Filosofía: nunca podemos alcanzar la utopía, porque cuando damos dos pasos, la utopía ya se adelantó tres, entonces la utopía debe ser inalcanzable, pero nos sirve para no detenernos, para no quedarnos en el lugar de la fácil comodidad, de la modorra de sabernos bien sin importar los otros, de la flojera de sentir las injusticias sin inmutarnos.

Vienes a un mundo que no es precisamente el paraíso, aunque tiene maravillas que nos asombran. En las últimas décadas mucho hemos cambiado al planeta; lamentablemente casi todo lo que hemos hecho ha sido para deteriorarlo; nos hemos convertido en los peores enemigos de la vida natural, del medio ambiente, y allí la estupidez no nos deja ver que somos nuestros propios verdugos. Nuestros científicos y grandes pensadores, nuestros políticos y la vanidad nos han hecho creer que somos la criatura más excelsa del universo; lo que nos dijeron es que ese título debemos ganárnoslo, de lo contrario, la ceguera nos conducirá a cortar la rama sobre la que estamos parados, y si no hacemos algo a tiempo, los días sobre la tierra están contados, en un reloj que no tiene retorno. Espero que tu generación sea consciente de que no podemos seguir festejando nuestra grandiosidad justamente acabándonos lo que nos da vida; hemos afectado el suelo hasta volver desiertos lo que un día fueron espléndidos bosques; el vital líquido cada vez escasea más, y el aire como el agua, son ambientes en donde germinan muchas enfermedades. Las condiciones materiales se han deteriorado de una manera impresionante; aún no eres consciente, pero de serlo, dependerá tu actitud frente a esos problemas.

Todo eso es grave, pero hay asuntos de mayor gravedad; a mediados del siglo XX, nuestro siglo, la gente era menos pobre; a finales de este mismo entrañable siglo —entrañable, pese a todo—, la gente es mucho más pobre, eso es una desgracia, pero hay otra peor, y es que la gente sea infeliz. Imagina la monstruosidad de mundo que hicimos: el primitivo derecho de ser feliz, de la alegría, está vedado para miles de millones de habitantes del planeta. A tal grado llegamos que un gran escritor mexicano, que pronto estudiarás en la escuela, Carlos Fuentes, dijo que en el mundo tremendamente injusto que nos tocó vivir hay algo peor que ser explotado: no serlo. Porque quienes son explotados tienen un empleo, mal pagado, sufrido y maltratado, pero por lo menos tienen algo para comer. En estos años la maldad de los hombres y las mujeres no ha conocido límites.

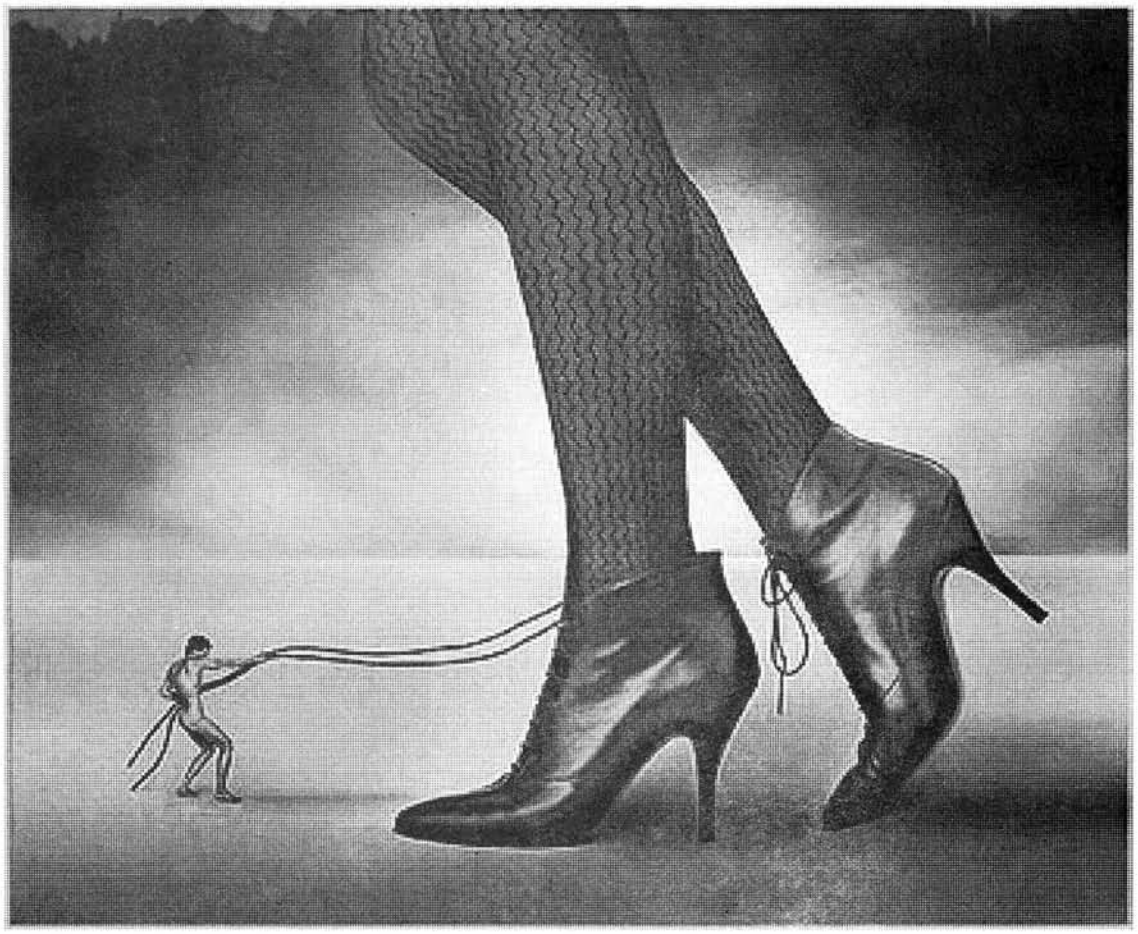
Pero algo anida en nuestros corazones que debe alentarnos a seguir vivos y luchando; mira que te digo que



nuestro siglo ha sido entrañable, y sin embargo la lista de ignominias es larga y vergonzosa; dos guerras mundiales, donde se mataron soldados que no sabían por qué luchaban ni para quién; para ayudar a "bien morir" inventamos la cámara de gases; conocimos de genocidios que acabaron con razas enteras; campos de concentración para asesinar a quienes no tenían la piel blanca; sufrimos guerras impulsadas por deseos mercantilistas, o para hacer olvidar los problemas internos de un país; policías especialmente entrenados para matar niños de la calle, en Colombia o en Brasil, donde la gente aplaudía tan heroicos y esforzados actos, y en México las atrocidades no fueron menores; gracias a un sistema económico más de la mitad de los mexicanos no tienen qué comer o dónde dormir, mientras que unos pocos disfrutan de todo el poder y el dinero; las desgracias nunca han cesado: el gobierno encarcela a quien opina distinto, y le hace la guerra a quienes no le aplauden; el ejército, en realidad otra cara del gobierno, en un luminoso y lejano 1968 asesinó impunemente a cientos de estudiantes que lucharon en las calles con la fuerza de la rebeldía y la esperanza; nuestro ejército, que frente a múltiples invasiones sólo ganó una guerra, a cambio se apuntó muchas victorias: contra obreros, contra indígenas, contra campesinos, contra quienes le gritaron que querían un país distinto, más digno para vivir y morir.

Si continuara con esa lista tal vez sólo dejaría sombras en tu corazón, y anidaría el rencor y el deseo de la revancha, pero no se trata de eso, no es lo que busco. Simplemente, y eso es extraordinario, se trata de no perder la memoria, de no dejarse vencer por el olvido que mata y asesina nuestra dignidad; no sé si me entiendes. Quiero que conozcas la historia de tu país, la historia real, que no es a veces la que cuentan los libros de texto, que no es la que cuenta la televisión, ni la prensa; quiero que conozcas la historia de una patria donde hay luces y sombras, muchas sombras, pero también ejemplos brillantes, pocos quizá, pero suficientes para que su luz ilumine las noches en que las dudas se ciernan sobre la conciencia. A cada uno de los actos abominables de los que ocurrieron en nuestro país, sobreviven, por la memoria, por el tesón y las ganas de no olvidar, muchos ejemplares hombres y mujeres que nos asaltan desde el cielo de los olvidados de la historia oficial, para que no dejemos de luchar.

No viniste al mundo feliz, al mundo de los cuentos que ahora te narra tu madre todas las noches; no es el mundo de las ilusiones, quizá nunca lo fue así; el mío tampoco lo fue, y creo que el de mis padres no lo habrá sido, pero ya es tiempo de que juntos entendamos que un día tenemos que poner límites a nuestro egoísmo, a la ceguera individualista, a las ganas de lastimar al otro para sobresalir; ya es tiempo de que digamos "nunca más" a la economía que sólo se fija en lo que los especialistas llaman los "indicadores macroeconómicos"; es tiempo de pensar en el bolsillo de los más pobres, en los niños desnutridos, en los que trabajan y viven en la calle, en los que son asesinados por sus madres porque no tienen para darles de comer, en los que tienen que trocar su infancia por unos pesos en un crucero. Es hora de levantar otras banderas en los corazones de los jóvenes, de los hombres y las mujeres; es hora de poner al ser humano en el centro genuino de las preocupaciones. Es hora de ser revolucionarios, no de la falsa revolución que nos inventaron y no cambió nada, sino de los que empiezan cambiándose a sí



mismos; claro, si no cómo cambiamos lo que no funciona. Es hora de la libertad para quienes hablen y se expresen, aunque lastimen a los poderosos; es hora de luchar por ideales, por vivir en la eterna alegría, aunque todos los días haya caídas; es hora de dejarle un hueco a otros ideales, a otros valores, como la solidaridad, la fraternidad y el amor a la vida, que quiere decir el amor a la vida de uno y a la de los otros. No es tiempo de sentarse frente al televisor a presenciar en un mundo virtual, la catástrofe de la humanidad. Tampoco es tiempo de morirse de nada, no se vale, nunca y ahora menos.

La misión es complicada hijo, se trata de construir un mundo justo, bueno, pletórico de paz y sin tantas injusticias, en donde la riqueza de unos no sea producto de la pobreza de muchos; en donde la alegría de esos pocos no sea ocasión de la tristeza de todos los demás. No será fácil, pero si luchas por ello toda la vida habrá valido la pena vivirla. Así sea.

P.D.: Entre los discos que un día serán tuyos, hay uno de Joan Manuel Serrat (*1978*, se llama), que tiene una canción a la que robé un trozo para escribirte una posdata:

Mil años hace que él sólo pasa
pariendo esa curiosa raza
que con su llanto hace un panal.
Y de su sangre y su derrota,
día de fiesta nacional.
Que con la fe del peregrino
jamás dejó de caminar,
de trabajar y de pensar.
Empecinado,
en basar lo sublime
en lo cotidiano. ♦

* "Carta al hijo que no he tenido" es en realidad un mal título, o mejor dicho, un título incorrecto, porque está dedicado no a un hijo, sino a dos sobrinos, José Carlos y Stephanie, que están despertando a la vida, a los que de lejos estoy viendo crecer con el dolor de no saberlos míos —aunque lo sean, a mi manera— y con el peso de la ausencia de no tener la infancia de ellos, ni su ingenuidad que me enternece, ni su curiosidad que me asombra y me apena, ni los años y la fuerza que a ellos les sobra, ni la alegría y el optimismo que a veces se me escapan. Espero que un día sea capaz de devolverles tan sólo una de las hermosas alegrías que me han dado.